

## Éramos todos // Enragé

(Relato corto)

Quisimos ir juntos porque a todos nos habían engañado. Personalmente, uno a uno y sin miramientos. Decidimos que la paciencia tenía un límite. Había que hacer algo al respecto. Nos juntamos en la Plaza Mayor, al lado de ese sitio donde sirven bocadillos de calamares, ese que es muy estrecho pero muy profundo, como lo único que nos unía. Era obvio que tendríamos que ir armados. Cada uno llevó lo que tenía por casa. Un cazador de perdices se trajo su escopeta. De balines, claro, pero nadie lo sabía. Una señora portaba un cuchillo panero debajo del brazo, y una anciana muy anciana no dejaba de avisar a todo el mundo que tenía un abrecartas más afilado de lo que parecía. Mucha otra gente ni siquiera fue capaz de traer algo que sirviese. Había palos, una palanca y hasta una sartén tortillera que nadie sabe quién la trajo pero que iba danzando de mano en mano.

Teníamos que llegar hasta Cibeles. Éramos una turba. Gritábamos, cantábamos y amenazábamos. Algunos nos abrazábamos a nuestros compañeros, otros optaron por tomar la cabeza de la comitiva. La acera se nos quedó pequeña e invadimos la calzada. Los coches tuvieron que frenar y empezaron a pitarnos. Estábamos desatando el caos. Vino la policía municipal montada en motos y nos rodeó. Se acercaron a preguntar. Nosotros les contamos. Les dijimos que queríamos venganza, que nos habían arruinado. Gritamos que muerte a los prestamistas y a los créditos exprés. Que el cazador ya no quiere un hijo universitario, que la anciana muy anciana renuncia a poder pagar la luz. Los policías se miraron entre ellos. Uno chocó el filo de una mano

contra la palma de la otra. Quería que nos diluyésemos, que la masa volviera a comernos. Una agente le tocó el codo y le susurró algo al oído. Los de la turba nos asustamos. Debieron ser buenas palabras, pues nos dejaron marchar. Solo nos pidieron que ocupásemos un carril y no más. Les hicimos caso, sin rechistar siquiera, y seguimos nuestro rumbo. Ya se veía la estatua de Cibele. La gente empezaba a emocionarse. Muchos se nos habían unido a mitad de camino. Nos preguntaban que por qué marchábamos. Les explicamos nuestra causa. Nos dijeron que lo entendían, que tienen un vecino al que un préstamo rápido le arruinó la vida. Una joven nos dijo que las cláusulas siempre serán abusivas, que un amigo suyo que en paz descansa...

Todo el mundo se encendía de rabia. La anciana muy anciana alzó su abrecartas. Alguien lanzó la sartén al cielo para cogerla después con suma maestría. Desde una ventana se asomaron dos niños. Nos tiraron confeti. Parecíamos la comitiva de un emperador. Algunos tenderos salían a aplaudirnos a la entrada de su negocio. Se apoyaban en la jamba de la puerta y nos vitoreaban. Ya ni podíamos contarnos. Nos habíamos multiplicado y un carril se nos quedó pequeño. Ocupamos la calzada entera. A nadie le molestaba ya. Sabían que íbamos en serio. Que con nosotros no podían, que a nosotros no se nos estafa. Un helicóptero nos sobrevoló. Luego nos contaron que era de la tele, que nos habíamos hecho virales. A nosotros eso nos daba igual, solo queríamos seguir marchando. Y así lo hicimos. Pronto llegamos a Cibele, y ahí comenzó nuestro verdadero plan.

Esperamos a que todo el mundo llegase a la plaza, a que nadie se rezagase. Éramos tantos que nos tuvimos que apelonar. Espaldas contra pechos, muslos pegados a muslos y un aliento que ya era el aliento de todos.

Empezamos a andar hacia un portal. Muchos ni siquiera tuvieron que moverse. Llegamos hasta la puerta, negra y fría, ribeteada de oro, y la tiramos abajo. El cazador disparó un balín al cielo. A nadie le importó. Comenzamos a invadir el edificio. Desde la séptima planta hasta el garaje. Las escaleras, los descansillos y el ascensor. Algunos vecinos se asomaron a la mirilla y se escondieron rápidamente. Más de uno echó el cerrojo. Allí no cabía ni un alfiler. Tuvimos que hacer un hueco al lado de la puerta del cuarto derecha. En la madera había una chapa de latón. *Créditos Hölle*, rezaba. Alguien se adelantó y timbró.

– ¿Sí? Buenos días. ¿Quién es?

– Soy yo –gritó el edificio entero con la fuerza de lo guardado.

Mentimos. Éramos todos.